

NOTAS DE BUEN HUMOR Y OCIO

Memoria de un gazapo que fue dislate

Hojeando el Diccionario de la docta academia y el de sinónimos de Gili y Gaya se nos ocurrió buscar, el otro día, dos palabras que tienen mucho que ver con los oficios del escritor y el orador. Una es "gazapo" y otra "dislate", pero ambas relacionadas con lo que puede ser un simple desliz o un tremendo disparate. Pues bien, "error de poca monta", dice el lexicógrafo refiriéndose al primer vocablo, y "yerro que por inadvertencia deja escapar el que escribe o el que habla", los señores académicos. ¿Y dislate? "Disparate", se dice en el primer volumen, entendido como "hecho o dicho disparatado", esto es, "contrario a la razón".

Nadie está libre, por cierto, de incurrir en gazapos, e incluso en dislates. No hay que ver sino los discursos de muchos parlamentarios, ministros, presidentes, obispos, generales y notarios. Tampoco estamos exentos los que por vocación o por designio de los hados nos ocupamos en pergeñar páginas de prosa o verso. Ni aun el mismo Vargas Llosa, como probó cierta vez, con harta satisfacción, una muy connotada y severísima señora.

Por mi parte me acuerdo a este respecto de un grave error de traducción en que cayó uno de nuestros poetas del siglo pasado, José Arnaldo Márquez. Y ello nada menos que en una de Julio César, entre otras piezas de Shakespeare, que le encargó la Real Academia Española, nada menos. En esa tragedia, Antonio pronuncia unos dramáticos versos en los que asegura tener en sus manos

el testamento del conquistador de las Galias. Dice, en el original en inglés: But here's a parchment, / with a seal of Cesar; I found / it in his closet; 'tis his will. Pues bien, ¿cómo los vierte nuestro compatriota? De esta manera: Pero aquí tengo un pergamino / con el sello de César. Lo encontré / en su retrete, y es su testamento.

No, no se equivoca el lector. Dice el texto: lo encontré / en su retrete... ¿Cómo puede ser eso? Una rápida lectura nos conduce a la palabra inglesa closet como origen del resbalón. Su primer significado es el de "apartamento o habitación privados". Era y es también el de "cámara privada para el consejo o las devociones del monarca". Márquez no reparó, pues, en esos significados, y ateniéndose a uno olvidado y arcaico usó en su versión castellana el término "retrete", sin reparar que en la lengua viva designa lo que todos sabemos. Y nos ha dejado así en su traducción, de un lado la idea de un Antonio que hurgaba, como vulgar agente del Servicio Nacional de Inteligencia, en el excusado de César, y de otro, la alucinante idea de que César guardaba y hasta releía su testamento en ese sitio al que acudía, para decirlo en cervantino lenguaje, para hacer lo que otro no habría podido hacer por él.

En todo caso, y sin mengua de los altos méritos literarios de Arnaldo Márquez, no se trata ya de un gazapo, sino de algo más grave: ¡un dislate!

No se ha podido hallar la referencia.

¿Y qué paso con el ratón?

Se ha armado un gran alboroto por el intento de extorsión que efectuó hace poco un grupo de policías en agravio de la empresa embotelladora de Coca-Cola. Un caso pintoresco, sin duda, ya que el motivo fue el hallazgo, real o fabricado, de un ratón muerto en una botella de esa bebida, y la amenaza dar a conocer el suceso a la ciudadanía si no mediaba un buen pago de dinero, a lo que la transnacional dijo no. Pintoresco, pero también sintomático, ya que se da en el marco de noticias que a diario nos llegan, por los periódicos o la televisión, de robos, secuestros y homicidios perpetrados por miembros de las fuerzas del orden, para no hablar de las atrocidades que se cometen en Ayacucho.

Las cosas tomaron mayor vuelo, sin embargo, porque el asunto llegó al Consejo de Ministros, donde el señor Presidente de la República expresó su viva indignación por el desaguisado. Y tanto que el ministro del ramo, instruido por el mandatario, ordenó inmediata y pública destitución de los culpables. ¡Cuánta rapidez, caballeros! Y claro, pues resultaba perjudicada la poderosa firma extranjera que fabrica el refresco, y no un aborigen cualquiera de estas tierras. Y así la enojada reacción que no se mostró por las masacres de Soccus o Pucayacu, se abate ahora, fulminante, contra los autores del ilícito.

¿Y el ratón? Nada se dice al respecto en los pronunciamientos oficiales. Puede suponerse que los extorsionadores echaron mano

a un ejemplar, no muy rollizo ni crecido, y que sin ninguna contemplación lo metieron en una botella, riéndose por anticipado ante el susto que se daría el infelice comprador de la misma y, luego, ante su airada queja, la embotelladora. Aunque podría ser, también, que los malandrines hubiesen encontrado de veras al roedor en el envase, y que sólo entonces se les hubiese ocurrido tan proterva idea. Si este fuera el caso, correspondería investigar, lógicamente, si el intruso fue a dar allí cuando ya había pasado a mejor vida por causas propias y naturales de la ratonil especie, y como consecuencia también del descuido de los operadores de las máquinas; o si más bien si el pericote se metió él solo de puro goloso en la botella, convirtiéndose ésta en su urna funeraria. Y averiguar, asimismo, cómo siendo el brebaje “chispa de la vida” el desdichado roedor no aguantó la ahogadera, y menos regresó del más allá, quedando allí su cadáver como evidencia del invencible imperio de la muerte.

Ahora bien, si miramos las cosas desde otro ángulo, y si en efecto el roedor fue a parar allí llevado por un antojo irresistible, la Contraloría de la República debería firmar un contrato especial con la Coca-Cola Company, para que ésta diseñe y construya una trampa que tenga como cebo un concentrado de la bebida. Una trampa adonde vayan a dar los incontables pericotes que han generado este y los anteriores gobiernos de nuestra patria. ¿Se imagina el lector cuánto ahorraríamos en auditorías? ¿Cuál sería el espanto de muy poderosas y sagradas vacas? Y a fe que no bastarían entonces cien botellas, ni acaso mil, sino toda una camionada de ellas. Y hallarían entonces, los señores fiscales e inspectores, pericotes tan gordos, pero tan gordos, que por sí solos podrían colmar no sólo una botella sino toda una botija.

Sea como fuere, y en memoria de la iniciativa a que su fallecimiento ha dado lugar, el extinto ratón debería ser rescatado del olvido. Pero como no se sabe su nombre, ni hay cómo averiguarlo, se podría colocar en algún sitio una placa de bronce en homenaje suyo, haciendo constar que gracias a él se emprendió esa campaña, y dándole el honroso título de “ratón desconocido”. Una pla-

ca de agradecimiento en una plaza o en un edificio público. En el Ministerio de Justicia, por ejemplo...

En La República, originalmente con el título de "Sabroso perjuicio", 13 de mayo de 1983.

“No le cabe una gragea...”

Aconteció en mis años de adolescencia que una muchacha se casó con un joven de muy buena posición, por lo cual su madre —mujer flaca, cuarentona y desagradable— andaba muy oronda y vanidosa. Y tan oronda estaba, y tanto hacía sentir a sus amigas y conocidas lo magnífico que había sido el casorio, y lo importante que era su yerno, que una de ellas dijo, en una reunión en que me hallaba presente: “Lo que es María Jesús está que no le cabe una gragea en el potito...”.

Me asombré, como es lógico, ante semejante dicho, que jamás había escuchado, y supuse que los demás asistentes, sobre todo las damas, se escandalizarían. No fue así, sin embargo, y más bien muchas se rieron celebrando la gracia malévola del comentario, y lo bien que se aplicaba a la flamante suegra. Era evidente, por otra parte, que la expresión les era conocida. Así, pues, yo también me reí, aunque sin tanto alboroto, imaginando a esa mujer, tan estirada como era, apretando a no más poder sus posaderas.

Volví a escuchar la frase en otras ocasiones, en boca de otros paisanos y paisanas de cierta edad. Yo mismo la usé, refiriéndome a una madrina de tumbamonte, y torné a emplearla cuando comencé a estudiar en Lima, pero esta vez nadie me entendió, y mis oyentes preguntaron, sospechando una alusión procaz: “Oye, ¿qué dijiste? ¿Qué cosa es una gragea?” Por eso no me serví más de esa expresión, salvo cuando me hallaba en mi tierra, en donde

sin duda tenía su origen. Me prometí en cambio hilvanar, cuando hubiese oportunidad, algunas consideraciones entre lingüísticas y festivas al respecto. Y eso es lo que hago ahora.

Grageas son, como dice el Diccionario de la Academia, confites muy pequeños y de colores. En Jauja se emplean mucho para adornar ciertos pastelillos lugareños, y, en particular, los llamados maicillos. Sin duda es tedioso el trabajo de colocarlas, de modo uniforme, sobre la masa de las golosinas. Pero, cuánto las alegran esas diminutas cuentas. Y es mucha la paciencia y gusto que ponen en la tarea las mujeres de mi tierra.

Se me ocurre que son ellas las responsables de aquel dicho. Sabemos lo ocurrentes y mordaces que pueden ser viejas y damiselas cuando se dedican a menesteres aburridos y hay ocasión para dar rienda suelta a la lengua y rajar del prójimo. Con el ojo avizor que las distingue habrían observado que la ufanía y la jactancia, en las personas de su sexo, se traducen muchas veces en un determinado alzar de la cabeza, un andar modoso y como de puntas, y, sobre todo, en un particular estiramiento del cuello y del cuerpo. Detalles que dan la impresión, también, de que la doña en cuestión cerrara con fuerza las nalgas. La expresión habría tenido un gran éxito, como es de suponer, tanto por sus connotaciones eróticas como por la fundamental heterogeneidad que hay entre esa inocente partícula y la recóndita cavidad a que allí se alude.

La imagen se aplica, por otra parte, hasta donde pude apreciar, solamente a las mujeres, cosa igualmente comprensible, pues se asocia, de manera subliminal, con cualidades más bien femeninas, como el pudor, y con sus deformaciones, que son la pudibundez y la gazmoñería, y lo que un amigo llamaba “virginidad recalcitrante.” Tiene que ver también, por cierto, con asociaciones de carácter anal. No en vano las gentes presuntuosas —agresivamente presuntuosas—, y que fungen de muy limpias y difíciles, se ajustan al tipo de carácter que los psicoanalistas llaman, precisamente, anal.

Sea como fuere, y olvidando estas especulaciones, acordémosnos, cuando la suerte nos ponga ante una fémica engreída y

detallosa, que se cree, como quien dice, la “divina pomada,” de decir a media voz, para desahogarnos: “Está que no le cabe una gragea...”

En La República, 6 de abril de 1982.

Cosas de gatas y gatazos

Hace poco iba yo con un amigo por la calle y nos topamos con una conocida nuestra, muy vistosa y galanamente vestida. Una mujer que además de soltera se halla ya cerca de ese temido cabo de los cuarenta años, pero que a pesar de ello, o por eso mismo, muestra un charme que a lo mejor no tuvo en sus años jóvenes. Conversamos un momento con ella, y nos despedimos. A poco se tornó mi acompañante, miró a la doña que se alejaba, y dijo: "Todavía pega su gatazo, ¿no...?"

De regreso a casa me puse a reflexionar en esa expresión. Busqué en algunos diccionarios y libros de lenguaje, y no encontré lo que esperaba. Consulté después a un distinguido lingüista, colega de universidad, y no obtuve sino una amable pregunta sobre cuál era el gatazo que me preocupaba. Opté entonces por atenerme al recuerdo de las ocasiones en que había escuchado aquel dicho. Siendo niño, por ejemplo, vi una vez que mi madre contemplaba cierta prenda suya, algo ajada ya, y que se decía a sí misma, como dándose ánimos: "Todavía pega su gatazo...". Años más tarde un compañero de estudios, que había invitado a una chica y era de exiguos recursos, se compró una corbata bastante ordinaria. Me la mostró, y no muy convencido dijo: "Es corriente, pero pega su gatazo, ¿no?" Y ahora, pues, con ocasión de ese encuentro, la misma locución había sido aplicada a esa dama, la misma que a pesar de sus numerosos abriles, tenía aún una apetezible figura.

Desde antiguos tiempos se ha asociado a los gatos con el secreto, el engaño e incluso la hipocresía. Injusto o no, tal modo de pensar se funda sin duda en la objetiva experiencia de que es un animal que tan pronto se muestra zalamero como se enfurruña o nos deja plantados, y que en el fondo sólo se quiere a sí mismo. Una manera de ser, pues, que no tiene que ver con consideraciones afectivas, sino que es efecto, simplemente, de sus rápidos cambios de humor y de su felina independencia.

Hay numerosos adagios que dan cuenta de esa supuesta duplicidad. Se dice así, en referencia a personas cuyas muestras de afecto no son confiables: el gato de Mari Ramos, halaga con la cola y araña con las manos. Dar gato por liebre se aplica a los casos en que se engaña en la calidad de una cosa, dando una inferior por otra de mayor precio. Decimos de algo que se nos antoja sospechoso: allí hay gato encerrado. Por otra parte, para describir cómo se descargan de trabajo y responsabilidades nuestros burócratas, bien podemos decir Yo mando a mi gato y mi gato manda a su rabo. Y cuando alguien deja un objeto de especial valor en manos de la persona menos indicada, porque es muy aficionada o tiene mucho interés en él, apelamos al dicho poner de despensero al gato.

Si ahora volvemos nuestra atención a las gatas, la cosecha será más numerosa, por no decir reveladora, en el sentido de que se insiste en ciertos rasgos que, por machismo u otras razones, se atribuyen a las mujeres. Limitémonos a unos pocos ejemplos. En España se emplea la expresión gata muerta, o la de gata ensogada, para designar a la damisela que nosotros llamaríamos mosca muerta. En Venezuela y Puerto Rico el dicho Cógeme a esa gata por el rabo se refiere a un asunto muy embrollado. Soltar la gata equivale en Colombia a hurtar. En Chile se dice, cuando las cosas resultan muy diferentes de lo que se esperaba, salirle a uno la gata capada. Y la expresión no echas a la gata en tu cama, aconseja no dar muchas alas a quien no lo merece.

Pasemos ahora a las palabras aisladas. Gatuperio, por ejemplo, tiene entre otros el significado de intriga, embrollo. El término gata, no frecuente en el Perú, posee desde viejos tiempos el sentido

de acción en que median astucia y simulación. En Salamanca se usa el vocablo de gatamusa como sinónimo de hipócrita, y también de mojigata. Y nos encontramos, finalmente, con la voz gatazo, con el significado de "engaño que se hace a uno para sacarle dinero u otra cosa de valor" (Martín Alonso). La han usado con tal denotación Francisco de Quevedo y Luis de Góngora.

Pegar su gatazo es, pues, a la luz de lo expuesto, una expresión en que todavía perdura soterrada esa antigua idea de engaño, que hemos rastreado. Una locución en la cual queda de lado la intención aviesa, y se atiende solamente a la positiva voluntad que anima a una persona de parecer mejor de lo que realmente es, o de encontrar en una cosa algo de sus antiguos y particulares méritos. Cuántos peruanos y peruanas, en estos tiempos de pobreza, mirarán de soslayo su ropa dominguera, y se consolarán con la idea de que aún pega su gatazo. Habrá también políticos envejecidos que, a fuerza de frases bonitas, quieran redorar blasones que aún y a su modo pegan su gatazo. No lo podrán hacer en cambio los pérfidos, porque no se puede tanto cuando se es serpiente.

Volvamos, para terminar, a damas como la que dio pie a este comentario. Y digamos que estamos dispuestos a que nos peguen todo el gatazo que quieran, si bajo el oropel aún hay sustancia, y mucho mejor si es sabrosa. Pero no a que nos den gato por liebre...

La versión original en La República bajo el título de "Pegar su gatazo", 18 de mayo de 1982.

Sobre suegras y domadores

Es conocida la costumbre por la que muchos dueños y choferes de vehículos públicos limeños adornan sus vehículos con nombres e inscripciones que, por un lado, identifican y dan "personalidad" a su máquina y, por otro resumen, de algún modo, los deseos y la filosofía de sus autores. Pues bien, yendo no hace mucho por cierta avenida, vi un microbús en lo alto de cuya caseta se leía, con gruesos caracteres: "El Domador de Suegras". Leí nuevamente la inscripción, sorprendido, y luego de reírme in petto, se me ocurrió escribir un artículo al respecto. Un artículo cuyas pacíficas consideraciones no abrigan el menor ánimo de lastimar, ni siquiera en un pelo, a todas las suegras y feministas que en el mundo son y han sido.

Para comenzar, si acudimos a un diccionario veremos que hay una entrada para suegra y otra para suegro. Nos enteramos también de que el término, en sus dos géneros, viene del latín, y se halla en uso desde el siglo xiv. Ahora bien, la variante masculina ha dado ocasión para refranes como aquel que dice: "Apaña suegro, para quien te herede, manto de luto, corazón alegre". Y tratándose de suegras tenemos el que reza: "Suegra, ni aun de azúcar es buena" y, además, la expresión familiar "lo que ve la suegra". Así pues, por una parte se pone de relieve el desprendimiento en que incurren, por amor a sus hijas, los suegros, rayano en la bobería; y por otro se reitera lo que podría llamarse "maldad esencial" de las suegras, y se alude a la malévola suspicacia de sus pupilas.

Si indagamos ahora en otros idiomas, centrando nuestra atención en la temida madre de la esposa, nos encontramos con que en inglés, por ejemplo, se dice, con prudencia disfrazada de tecnicismo legal, *mother-in-law*. En francés la designación equivalente es *belle-mère*, en la que uno se apresuraría a ver un sarcasmo —¿cómo puede ser “bella” ese vestigio?—, siendo así que el calificativo antepuesto es pervivencia, simplemente, de un uso generalizado que se daba en la Edad Media con muchos sustantivos relacionados con el parentesco. En italiano la palabra es *suocera*, que no suena tan mal, que digamos. Y si extendemos la averiguación a otras lenguas más o menos cercanas, se afirmará sin duda la convicción de que, por algún secreto motivo, el vocablo español tiene una resonancia más áspera y ominosa. ¿Será porque las suegras hispánicas son más temibles y detestadas?

Tornemos ahora nuestra curiosidad a la vertiente del psicoanálisis. Freud dice, en *Tótem y Tabú*: “La prohibición más difundida, severa e interesante, incluso para los pueblos civilizados, es la que recae sobre las relaciones entre yerno y suegra”. Cita al respecto numerosos ejemplos, y entre ellos la costumbre que había en las islas Salomón, según la cual el hombre no debe ver ni hablar con su suegra, y cuando se topa con ella ha de fingir no conocerla y correr para ocultarse. Entre los zulúes el yerno no debe entrar jamás a la cabaña si en su interior se halla la madre de su mujer. Freud enumera varias razones que explicarían ese temor y la hostilidad más o menos universal que hay entre uno y otra. Se trata de que habría o hay una tal identificación afectiva entre la madre y la hija, que aquélla compartiría el amor de esta por su marido, con las consiguientes represiones. Parece ser también que la suegra “dirige hacia su yerno los componentes hostiles y sádicos de la excitación erótica, con objeto de reprimir más seguramente los elementos contrarios, prohibidos”. Por otro lado, la irritación y el odio experimentados por los yernos indicarían que, por un complejo fenómeno, la madre de la esposa representa para ellos una efectiva tentación incestuosa.

Así es, seguramente. Mas es tiempo ya de retornar a ese microbusero. Lo más probable es que ni siquiera haya oído hablar

de Sigmund Freud. Exhibe feliz y sonriente, por todas partes, ese epíteto aplicado a su máquina y a sí mismo. Se complace, desde luego, en esa imagen de andante domador que va por el mundo, impertérrito, armado de espuelas, rebenque y lazos, cuando no de pistola, a la manera de un mítico cowboy, tornando sumisas y mansitas a las más terroríficas suegras. Se reirá, con sus amigos, de su ocurrencia. No sabe, el pobre, que para unos ojos avizores e informados va proclamando por doquiera, con esa ingenua divisa, cuán arcaica y terriblemente está enamorado de su suegra. Tan enamorado que desearía recibir de sus manos la nalgada más sostenida y cruenta que jamás le propinó su propia madre.

En La República, 18 de marzo de 1982.